

AMERICA CENTRAL ENTRE LA PAZ Y LA TORMENTA*

Ricardo Valero

En la Ciudad de Roma, deslumbrante y perdurable, un joven de escasos 20 años ascendía con su maestro hacia el Monte Sacro. Desde esa elevación, Roma aparecía ante sus ojos como espejo del mundo, con todas sus grandezas y con todas sus miserias.

Aquel 15 de agosto de 1805, ese joven llamado Simón Bolívar expresaba su convicción de que la incógnita del hombre en libertad podría despejarse en el Nuevo Mundo. Su imagen de las tierras americanas contrastaba con la visión de los pensadores europeos de entonces, seducidos por las ideas del incipiente liberalismo.

Ese inmenso continente, al que el Libertador juraba convertir en una patria grande y unitaria, era un crisol de pueblos y naciones, en el que iban adquiriendo forma primigenia las fuerzas profundas y poderosas de la nacionalidad.

Tras años de lucha prolongada, los americanos entendieron que el hombre en libertad requería mucho más que la emancipación política. Durante casi un siglo, la Colonia siguió viviendo en las repúblicas. Los desequilibrios internos y las amenazas de intervenciones extranjeras obligaron a invertir un tiempo histórico precioso en la consolidación de la Independencia. De tierra de promisión, nuestras naciones se convirtieron en ámbitos de reafirmación libertaria.

El arribo tardío a un mundo cuya modernidad se fincaba en la Revolución Industrial tuvo un alto precio. Nuestros proyectos de desarrollo se vieron condicionados por los intereses y necesidades de las naciones más avanzadas. Nuestras transformaciones tuvieron que seguir el camino de las imitaciones impuestas por las circunstancias. Pronto,

las experiencias europeas y las del norte anglosajón empezaron a delinear los contornos de la realidad americana.

América Latina es también tierra de contrastes. Debe su pobreza, en alto grado, a la riqueza de

otros. Universo abierto a los grandes sueños; llegó con desventajas al mundo del Siglo XX. Siempre en demanda de recursos financieros para su desarrollo, es propietaria de cuantiosos recursos naturales. Imitadora de los estilos y costumbres europeos, es dueña de una expresión propia, antigua y asombrosa. Nacida bajo el signo de la unidad bolivariana, se arriesga en la desesperación de las repúblicas divididas.

Nuestra América es tierra de transición. En el siglo pasado, en gran medida, fue repositorio de ideas ajenas. En el cambio de centuria, sin embargo, el modernismo de Darío, Lugones, Martí y Gutiérrez Nájera invirtió esos términos. Las repúblicas nacidas con una lengua común empezaban a reconciliarse con sus moldes originales plenamente conscientes de las raíces de su identidad. Hoy, no sin importantes residuos de pensamientos adquiridos en otras latitudes, orientan su destino hacia un proyecto endógeno.

No debe extrañar que un continente forjado en tan duras realidades, con tanto por hacer y donde se ha hecho tanto, padezca peligrosos conflictos como el de Centroamérica, que expresa ancestrales deformaciones. Esa crisis, en realidad, se ha incubado durante muchos años. En 1932, en la región de Izalco, en El Salvador, se produjo un levantamiento campesino con el costo de más de diez mil muertos. En Nicaragua, un año después, Sandino fue asesinado y se desató una represión contra los sectores que lo habían apoyado en su guerra en contra de la intervención estadounidense. En 1933, en Guatemala, el gobierno ordenó el fusilamiento de cien dirigentes sindicales, estudiantiles y campesinos, al tiempo que reimplantaba leyes draconianas para prevenir la llamada "vagancia" de los indios.

* Conferencia sustentada por el Subsecretario de Cooperación Internacional, Ricardo Valero en el Instituto para las Relaciones de Italia con los Países de Africa, América Latina y del Medio Oriente (IPALMO), el día 14 de octubre de 1986, en Roma, Italia.

Es la época de feroces dictaduras en América Central que coinciden, y no por azar, con el repunte bursátil de Nueva York, después del colapso de 1929. Por más de 20 años gobernaron Jorge Ubico en Guatemala, Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, Tiburcio Carías en Honduras y Anastasio Somoza en Nicaragua.

Los tiempos perdidos sólo son recuperados por los pueblos con grandes sacrificios. Las turbulencias económicas internacionales de fines de los años setenta congelaron el débil crecimiento de la zona y agravaron sus adversas condiciones sociales. De hecho, entre 1979 y 1983 se produjo un atraso de más de diez años de desarrollo en casi toda América Latina. En unos países, la crisis produjo la democracia y en otros la revolución. En todos atrajo el cambio político, lo que se advierte de modo particular en Centroamérica. Los conflictos actuales tienen, como se puede notar, una relación de continuidad, no de excepción.

En este complejo panorama, América Central se inserta, además, en un plano de múltiples contrasentidos. Tres son, a mi juicio, los más sobresalientes.

El primero es político y se refiere a la necesidad de los cinco Estados de la región de alcanzar un orden de convivencia. Independientemente de la naturaleza de sus controversias, es claro que todos buscan preservar su interés y su propia seguridad nacional. No obstante, desafiando esos fundamentos, lo que no todos han aportado es, justamente, voluntad política. En cambio, reiteran la inflexibilidad de sus posiciones en un acto contrario al concepto mismo de la negociación. Estas actitudes casi siempre han desembocado en formas abiertas de la intolerancia y en una franca imposición de barreras al proceso de pacificación.

La guerra no es un derecho sino, al contrario, su anulación. La paz se funda en lo opuesto, en el reconocimiento de la legitimidad del interés ajeno. Este es también el supuesto de una responsabilidad que no se debe seguir eludiendo en la región; es decir, la de hacer política en lugar de promover la discordia. Toda querrela se origina en la confrontación de intereses. Su solución, sin excepciones, proviene del concierto, no de la rendición unilateral del interlocutor. Los gobiernos del área están más obligados que nunca a reanudar la negociación, a ceder para recibir beneficios en forma equivalente. Esa es la única garantía de confianza mutua. No existe otra, no nos engañemos.

El segundo contrasentido es jurídico. Parte del hecho incontrovertible de que la escalada militar

hace imperativa la preservación del orden legal, sobre todo porque en la región se viven permanentes amenazas a la paz por situaciones extrajurídicas y de hecho.

A pesar de que el Acta de Contadora fue propuesta como un dique de contención, luego de tres años de intensa actividad diplomática su negociación se ha visto constantemente interrumpida y está por ahora paralizada. Su culminación y sobre todo acatamiento y aplicación sigue siendo piedra de toque del proceso mediador.

A este instrumento se le invoca de muchas maneras no siempre con afortunadas interpretaciones. Se dice, por ejemplo, que del Acta se deriva una suerte de intervencionismo, tolerado por benéfico, en los asuntos internos de los pueblos centroamericanos. También se asegura que de él se desprende la autoridad moral y política del Grupo de Contadora y, por último, se insinúa que es la única fuente de Derecho en la zona. Ninguna de estas aseveraciones o apreciaciones es correcta.

En primer lugar, los gobiernos de Colombia, Panamá, México y Venezuela no integran un grupo supranacional, que pueda suplantar la voluntad soberana de sus homólogos centroamericanos. Si así fuera, ya se habría alcanzado hace tiempo la paz en el istmo.

En segundo término, la autoridad del Grupo de Contadora no puede derivarse de sus frutos sino, por el contrario, éstos de aquélla. El Acta, con toda su importancia, postula sólo una vía para la pacificación pero no agota un proceso que es mayor amplitud e involucra, además, a los países con intereses y vínculos en la región así como, en cierta forma, al conjunto de la comunidad internacional.

Por último, debe anotarse que las obligaciones jurídicas existen en América Central, desde luego, antes que el Acta de Contadora. Todos los países del área, por ejemplo, son signatarios de las cartas de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos. Son plenos sujetos de Derecho y deben proveer a su irrestricta observancia. La base de la paz y la seguridad sigue siendo el respeto a los principios de la convivencia y el orden legal.

Hoy, sólo el gobierno de Nicaragua ha expresado su decisión de formalizar el Acta de Contadora y ha interpuesto una serie de recursos de mediación previstos por el Derecho, como es el caso del acceso a la Corte Internacional de Justicia. Sin embargo, las violaciones a los preceptos de la ley entre las naciones distorsionan la contundencia de los hechos. Así, a pesar de que la Corte falló en su favor, en su demanda en contra de las acciones del

gobierno de Estados Unidos, algunos países de la región niegan, incluso, la procedencia de tal recurso aduciendo que socava el espíritu de Contadora.

El tercer contrasentido es económico; mientras más se requiere el desarrollo, más se estimulan las economías de guerra. El resultado es que no sólo se cancela la viabilidad productiva de esos países sino que, principalmente, se militariza a sus sociedades en una escalada interminable.

Por esta razón, el Grupo de Contadora ha subrayado la necesidad de que se promuevan programas de cooperación económica y financiera con los países centroamericanos, de manera que se ataquen las raíces de los problemas y no sólo se logren acuerdos temporales, que postergarían la adopción de soluciones de fondo.

Es creciente la necesidad de impulsar un proceso de cooperación bilateral y regional en las esferas económica, científica y cultural, a mediano y largo plazos, que eviten la generación de riesgosos vacíos en esta materia. La falta o la exigüidad del desarrollo pueden atraer indeseables condicionamientos de la ayuda financiera y dirigir, sustituyéndola, la voluntad en la toma de decisiones políticas.

El apoyo de la comunidad internacional es urgente y debe brindarse sin discriminaciones ideológicas. Esta es una tarea inmediata, que puede fortalecerse con la suscripción de acuerdos de cooperación efectivos y realistas, que tengan como base las necesidades actuales y de largo alcance de los Estados de la región.

Durante los últimos tiempos se han acentuado las corrientes intervencionistas y la intolerancia política en una pinza que se cierra cada vez más sobre la gestión diplomática.

Más allá de sus por lo menos discutibles bases jurídicas y morales, la ayuda financiera a las fuerzas irregulares que operan en el área no sólo actúa sobre los aspectos estrictamente militares. Cierra, al mismo tiempo, opciones políticas y espacios a la negociación. A ello debe añadirse una intemperancia política que rechaza el diálogo entre los gobiernos con el falso argumento de que la democracia o su falta de ejercicio determinan la naturaleza de los conflictos. Si ello fuera consecuente con la lógica, el problema de la democratización correspondería al fuero interno de cada país y no al cuestionamiento y fiscalización de los demás en lo que es, claramente, un proceso de autodeterminación soberana.

La guerra, mientras tanto, está presente en sus múltiples expresiones y formas. Alejarla requiere de intensos esfuerzos que favorezcan la negocia-

ción y el diálogo. Es indispensable que los gobiernos involucrados reconozcan y acepten esta realidad. De lo contrario, la paz llegará por la vía más larga y sinuosa, que pasa por los indecibles sufrimientos de los armisticios después de haberse detenido en la muerte y en la destrucción.

En América Central confluyen las principales fuerzas de las sociedades latinoamericanas y se contraponen importantes tendencias históricas y proyectos distintos. Ello se expresaría, básicamente, en las siguientes tesis:

1. Los conflictos centroamericanos encuentran su origen en sistemas productivos atrasados y en la inequitativa distribución de la riqueza social.
2. Las disputas regionales forman parte de un proceso tardío de modernización de algunas sociedades, que buscan salidas ante los esquemas de desarrollo impuestos en el transcurso de la primera mitad de este siglo.
3. En consecuencia, esas controversias, en lo esencial, no responden a la dinámica de la confrontación Este-Oeste. Como expresión de movimientos sociales profundos, se fundan en ideas políticas de carácter reivindicatorio y buscan su adecuación a las condiciones propias de cada país.
4. Los conflictos comprometen dos ámbitos de enfrentamiento básico: el que se da propiamente entre las naciones de la región como expresión de antiguas e irresueltas divergencias y el que se origina en los procesos de cambio y renovación social, frente a un hegemónico proyecto, estratégico e ideológico, que involucra a terceros Estados.
5. En ambos sistemas de conflicto, el problema de la democracia en la región compete, por su naturaleza y sus alcances, a cada país. No ha de ser resuelto mediante la intervención externa ni por presiones de ninguna índole.
6. La democracia en América Latina posee peculiaridades derivadas de la idiosincrasia de nuestros pueblos y de su identidad cultural. La aplicación mecánica de modelos no expresa las realidades nacionales y en cambio cancela la búsqueda de vías propias.
7. La negociación diplomática requiere una perspectiva latinoamericana. Sobre nuestros países recae el peso formidable de conflictos que también comprometen valores esenciales, la seguridad nacional y los legítimos intereses de nuestros respectivos proyectos. Por ello, la

concertación de esfuerzos y la cooperación política se extiende, por tanto, más allá del Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica y se dirige a la creación de condiciones políticas que hagan viables los acuerdos y posible la negociación.

8. No basta el respaldo formal a las gestiones del Grupo de Contadora. El apoyo de la comunidad internacional al proceso debe ser un acto de compromiso y congruencia de todos los Estados con las normas y los principios del Derecho Internacional y no un gesto de solidaridad voluntarista de los gobiernos. Los conflictos en Centroamérica vulneran las bases jurídicas de las relaciones entre todas las naciones. Por lo tanto, no sólo comprometen a los países del istmo, o a sus vecinos próximos, sino al conjunto de la sociedad mundial.

América Central requiere la paz y al mismo tiempo el desarrollo. La crisis reproduce las tendencias de la guerra y éstas serían incontrolables en medio de sociedades militarizadas. Para los países latinoamericanos, están en juego la estabilidad y una auténtica convivencia en el hemisferio. El desbordamiento de los conflictos sería de graves consecuencias: la ruptura económica, la confrontación política y el estancamiento social.

Nuestras naciones no desean ese destino. Buscan, por el contrario, una concertación que no se detenga en el examen específico de las turbulencias en la región centroamericana sino que avance, en forma simultánea, en otros temas fundamentales como la deuda externa y la cooperación internacional.

En el contexto de las contribuciones entre América Latina y la Comunidad Económica Europea, las reuniones celebradas en San José de Costa Rica, Luxemburgo y la próxima de Guatemala enmarcan tan sólo el principio de una cooperación que ha de ser ampliada y adaptarse a las condiciones de nuestros países.

Por otra parte, se advierte una corriente conservadora en Europa que endurece las posibilidades de coexistencia y tiende a incrementar el compromiso de esas naciones en la confrontación bipolar. Frente a ello, es preciso reforzar los impulsos de negociación que, como en Estocolmo, establecen

las bases de importantes acuerdos de distensión y desarme y promueven el alejamiento de las posiciones maniqueas.

En esta misma medida, debe darse una correspondencia entre los aspectos políticos y económicos que abra las puertas a nuevas alternativas de cooperación regional más allá de las alianzas hegemónicas. Sólo así podrá Europa consolidar una diversificación en sus relaciones que la libere de los actuales modelos de predominio económico en el mundo y que, en lo político, le permita adoptar posiciones intermedias y no de compromiso con los enfrentamientos entre el Este y el Oeste. Es necesario para ese fin que los países europeos no valoren a las naciones latinoamericanas como simples mercados preferenciales. Esto significaría elaborar una relación estable y a largo plazo, sustentada en la identificación de intereses.

Con respeto, los latinoamericanos veneramos las raíces étnicas y culturales de nuestros pueblos. Ellas unen, con un puente de acciones y pensamientos, dos universos singulares: América y Europa. El mérito de sus costumbres y de sus distintas artes se ha entreverado, a través del tiempo y las grandes distancias, con el quehacer político de sus hombres más ilustres. Sin ser iguales se parecen ambos mundos entre sí, como un hombre a otro, en los grandes valores que definen su condición humana.

Las razones que hoy nos llevan a buscar el reencontro tienen diferente signo. No responden al propósito de la conquista ni podrían hacerlo. Los pueblos de América son distintos de aquellos que hace casi 500 años observaron, incrédulos y sorprendidos, la llegada de los primeros europeos. Estos también son otros.

El desarrollo de nuestras sociedades ha clausurado para siempre algunos caminos. Sin embargo, sobreviven en el orden internacional ciertas tendencias que persisten en dominar a las naciones. Frente a ellas se acrecienta la necesidad de una colaboración fructífera y respetuosa, que no debe postergarse.

Tal vez radique aquí, en la obra conjunta de nuestros pueblos, ya sin exclusivismos ni subordinaciones, la revelación del hombre en libertad que soñó Simón Bolívar, no lejos de Roma, hace más de 180 años.